

Víctor Hugo Acuña Ortega

La vida en otra parte. Migraciones y cambios culturales en Costa Rica

Universidad de Costa Rica

vhacuna@cariari.ucr.ac.cr

Alexander Jiménez me ha distinguido con la tarea de comentar su libro *La vida en otra parte. Migraciones y cambios culturales en Costa Rica*. Yo entiendo su invitación como un reconocimiento a nuestro vínculo de amistad. Así, desde ese lazo que ha sido siempre una incitación a compartir las ideas, voy a decir dos o tres cosas que he pensado tras la lectura de este su último libro. Dos o tres cosas que parten de nuestra amistad, pero que son necesariamente una aproximación a los otros. Como bien sabemos, el valor de las palabras y la validez de las ideas dependen de su capacidad de convocatoria para los quehaceres del mejoramiento humano; me encantaría decir emancipación humana pero hoy esa expresión sobrepasa mis debilidades porque ellas se alimentan de mi fragmentada lucidez.

Entiendo que mi amigo me ha invitado no para hacer un elogio público de su reconocido talento porque en ese menester ya he dado suficiente testimonio en privado y también, por supuesto, en público, sino para elogiar y hacer una apología de la hospitalidad y para discutir sus imposibilidades recurrentes y sus razones urgentes. En fin de cuentas su libro gira en torno de nuestra dificultad para ser hospitalarios, es decir, nuestro déficit de hospitalidad, y se interroga de manera realista sobre como colmarlo en forma efectiva. Así, la pregunta que nos lanza es la siguiente: ¿Si la hospitalidad es un imperativo ético cómo convertirlo en un compromiso práctico? Sobre las razones de nuestro déficit de hospitalidad me parece que hay una respuesta clara, pero la voy a dejar para el final de este comentario.

La vida en otra parte comienza con una indagación alrededor de la cuestión de la excepcionalidad costarricense, su aparente ocaso y la relación que tiene este declive con el fenómeno migratorio en su doble vertiente, los extranjeros que llegan y los nacionales que se van, enfoque que me parece original y muy oportuno. Aparentemente hay razones para creer que la Shangri-la del Caribe, como la llamó un periodista estadounidense a fines de la década de 1940, tiende a desaparecer. Tal sería la matriz de los cambios culturales de la Costa Rica actual, la crisis o la disolución del llamado excepcionalismo costarricense. Ella se relaciona con la cuestión de la migración como realidad social y como representación cultural, como realidad social en la medida en que ya no somos solo nosotros y como representación cultural porque los recién llegados son fácil recurso para dar cuenta de nuestros males presentes. Al final quisiera volver sobre esta cuestión de la eventual desaparición de la excepción costarricense.

Tras esta indagación inicial, *La vida en otra parte* sintetiza de manera clara y extremadamente útil lo que ha sido investigado recientemente sobre la cuestión de las migraciones en la Costa Rica de hoy. La obra es en ese sentido una práctica introducción al tema y una guía para aquellos que quieran adentrarse en él con mayor detalle y profundidad, apoyados en su bibliografía. En este recorrido somos llevados del brazo, como corresponde a tan distinguido caballero, a través de un texto muy bien escrito y en cada estación del camino nos recibe una bella frase de Homero sobre caminantes, visitantes, huéspedes y forasteros, una galantería del autor. Al final del recorrido podemos decir que contamos con una vista panorámica sobre la cuestión de la migración en nuestro país y con algunas preguntas y propuestas alrededor de lo que se debe hacer sobre esa realidad ineludible de la Costa Rica de hoy y del futuro.

El punto de partida en el recorrido por la cuestión migratoria en Costa Rica es el tema de los emigrantes costarricenses que suman más de un centenar de millares instalados principalmente en Estados Unidos. Esa es una nueva realidad social de nuestro país de la cual no se habla y para la cual no hay políticas públicas, a pesar de que su impacto en la economía nacional no es despreciable porque en remesas representa más de 500 millones de dólares y a pesar de su gran relevancia local en algunos regiones y cantones del país. La ironía del “niño millón” instalado

como emigrante indocumentado en Estados Unidos es una poderosa metáfora de lo que esa nueva forma de ser costarricense representa y de sus efectos en nuestro imaginario excepcionalista. Enseguida conocemos la situación actual de la población inmigrante en Costa Rica, en particular, la población nicaragüense, la cual padece importantes carencias en sus condiciones materiales de existencia. La realidad de los inmigrantes nicaragüenses muestra que, como se dice al inicio de la obra, no ha habido una política integradora, sino solo paliativos. Este análisis es complementado con la presentación de las actitudes de la población costarricense frente a estos inmigrantes en donde queda claro que lo que prevalece al final son el miedo, la desconfianza y la intolerancia. En este contexto se introduce la noción de libertad cultural, la cual es muy útil para abordar el problema de la política de las identidades, en el sentido de que las identidades culturales son marcos estructurales que deben ser concebidos como interpretados y asumidos libremente por los individuos. Esta noción permite sustentar el derecho a la diferencia de los otros y también el derecho a la diferencia entre los que somos nosotros.

Enseguida el trabajo ilustra con algunos ejemplos la contribución de los inmigrantes a la producción cultural de la Costa Rica actual y la incidencia de la cuestión de la inmigración en la producción artística del país. La relación entre cultura y cuestión migratoria se enlaza con el impacto del fenómeno en la sociedad civil, es decir, la presencia en Costa Rica de organizaciones, redes sociales, espacios de sociabilidad y medios de comunicación dedicados desde diferentes perspectivas y con distintos objetivos a la cuestión migratoria. A continuación el tema es abordado desde la perspectiva del Estado y de los espacios institucionales que se ocupan de la migración y en donde se produce y se reproduce la discriminación: la escuela, el ámbito de la seguridad ciudadana, la legislación y la justicia en general y, en términos específicos, la ley de migración, la actual y la nueva que entrará en vigencia en marzo del año próximo porque la existente es insostenible en términos prácticos y en términos jurídicos. Aquí el trabajo muestra las contradicciones y las insuficiencias institucionales, aunque reconoce los esfuerzos, los ya indicados paliativos, que en ese ámbito se hacen para superar los prejuicios, la discriminación y un enfoque criminalizante de los inmigrantes. En fin, el trabajo termina con una reflexión sobre el

problema de la ausencia de una política migratoria que parta del principio de que los inmigrantes son personas y no meramente mano de obra. También plantea la cuestión de como ir más allá de la identidad nacional costarricense, tal y como ha sido concebida históricamente y ha sido legada a la sociedad del presente.

La esencia del problema de la política migratoria se puede resumir en la siguiente frase de Alexander Jiménez al final de su libro: “El trato con extranjeros, sobre todo si son pobres y vulnerables, ilustra el nivel de desarrollo humano de una sociedad.” (170). En el trabajo se señala que uno de los problemas de los inmigrantes es su bajo nivel de organización: hay muchas organizaciones para inmigrantes, pero muy pocas de inmigrantes. Esta realidad refleja claramente una dimensión del déficit de ciudadanía de los inmigrantes. Pero el asunto es que el déficit de ciudadanía es un problema que afecta al conjunto de la población costarricense, no solo a los extranjeros “pobres y vulnerables”, porque también la población costarricense no se organiza suficientemente y la organización autónoma de los trabajadores, por ejemplo, es un tema tabú, sobre todo en el sector privado. De esto es plenamente consciente un ciudadano que asistió a una presentación en La Carpio de la obra teatral *El Nica* cuando dijo en el foro realizado al final de la obra “creo que aquí todos somos nicas, porque somos pobres y el Gobierno dice que somos nicas para no ayudarnos”. (98) En consecuencia, no somos hospitalarios con los que vienen porque tampoco lo somos con los que ya estaban, con los connacionales “pobres y vulnerables”. El déficit de ciudadanía lo padecen tanto nacionales como extranjeros, aunque, obviamente, en forma más aguda los inmigrantes. Lo sufren los que llegan, los que se van y los que están, como lo prueba amargamente la tragedia del puente sobre el río Tárcoles entre Turrubares y Orotina. De las palabras con las cuales la ministra del ramo renunció se desprendía que era más importante un buen aeropuerto para los turistas que otros asuntos como el estado de los puentes en caminos vecinales o cantonales y carreteras nacionales.

En esta perspectiva, la ausencia de una política migratoria basada en los derechos humanos esta relacionada con la inexistencia de una política de integración para el conjunto de la población costarricense, política cuya tarea urgente es detener la fractura social y reconstruir

algunos de los rasgos reales y positivos de la llamada excepción costarricense. No estoy desconociendo la especificidad de la cuestión migratoria, ni la necesidad de tener frente a ella una política coherente y concreta. Como se señala en la obra, la migración no es visible ni en las formulaciones de políticas, ni para los gestores de la política y eso es un asunto que se debe resolver. No obstante, me parece indispensable ligarlo a las políticas que afectan al conjunto de la población costarricense.

Para terminar quisiera volver a la cuestión del excepcionalismo costarricense y su relación con la cuestión migratoria. Los datos señalan que los costarricenses no hemos sido excepción en cuanto al trato que damos a los inmigrantes; pero me gustaría saber si la conciencia que ha tenido la mayoría de las personas de este país de pertenecer a una sociedad más humana y democrática, excepcional en el contexto centroamericano y latinoamericano, ha influido mínimamente en alguna forma positiva en sus relaciones con los inmigrantes. Sabemos que al final en la cotidianidad, en las instituciones y en las políticas privan prácticas discriminatorias, aunque no estén codificadas en principios, salvo en lo que se refiere a la ley actual de migración; pero me gustaría saber si los costarricenses no hemos tenido también alguna dosis de humanidad frente a los extranjeros como consecuencia de nuestras representaciones sobre nuestra identidad nacional. Este es un asunto importante en la medida en que cualquier política migratoria inclusiva debe apelar tanto a principios humanos universales como a la propia experiencia histórica del pueblo costarricense por dotar a su democracia de un fundamento social e inclusivo

La discusión sobre si la Costa Rica “pura vida” ya falleció queda pendiente tras la lectura de este libro. Me parece que la posición de Alexander Jiménez al respecto es ambivalente, como supongo es la de otros tantos, incluido yo mismo; pero creo que antes de declarar esa defunción valdría la pena volver a mirar la historia de las luchas sociales del pueblo costarricense. Solo a la luz de esa revisión podemos valorar si lo bueno que tuvimos es irrecuperable y si lo poco que nos queda es ajeno, según la tesis pesimista de un destacado sociólogo costarricense. El significado y el impacto del movimiento social contra el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos es un tema pendiente a la luz de la llamada excepción costarricense y no creo, obviamente, que su

memoria haya muerto, aunque en la coyuntura política actual parece carecer de consecuencias. Quizás sea hoy necesario enfatizar que la excepción costarricense no es solo asunto de prejuicios y lugares comunes fabricados por y para nuestro narcisismo colectivo, sino también conquistas y derechos alcanzados con lucha y movilización.

El déficit de ciudadanía solo se puede superar con resistencia ciudadana y ella es necesaria para construir un nuevo modelo de integración de la sociedad costarricense en el cual queden incluidos también los inmigrantes. Por eso insisto en que la cuestión migratoria no es un asunto específico, sino un problema general o global de la sociedad costarricense. Estamos urgidos, como diría el autor de *La vida en otra parte*, de construir una sociedad decente, una donde quepamos todos y una en donde sintamos, al fin, todos seguridad, ciudadana ciertamente, pero también todas las otras. Si es por esta vía, estaría de acuerdo en que se preserve la excepción costarricense, como sinónimo de una sociedad decente, tolerante y cosmopolita, siempre generosa y dispuesta a ser enriquecida con la presencia de personas de otras partes del mundo. Me parece que esto es por lo que aboga este libro de Alexander Jiménez, por una buena vida en todas partes.

Jiménez Matarrita, Alexander. *La vida en otra parte. Migraciones y cambios culturales en Costa Rica*. San José: Editorial Arlekin, 2009. 196 pp.